

Azzahrá se sentó tranquila, y añadió:

—Vete, Almudafar.

El general obedeció, comprendiendo el dominio de aquella mujer, y lo inútil de entrar en lucha con ella.

El califa se sentó tambien, sin poder articular una palabra, porque el llanto ahogaba su voz.

Llora, padre desdichado, llora.

Y Azzahrá, enternecida, sintió tambien resbalar sus lágrimas, como resbala el rocío por el cáliz de las flores, como resbalan las perlas por el torneado cuello de una hermosa.

Azzahrá estaba bellissima: era un ángel á quien el dolor le plegaba las alas.

VII

Ninguna ocasion más á propósito para hacer el retrato de Azzahrá, para lo cual nos vamos á valer de otro que hicimos de ella en nuestro libro titulado *Hojas de laurel*.

Hélo aquí:

«Linda la niña, pura y hermosa,
Era su cara la luz del día,
Pálida y blanca como la rosa
Que entre la nieve sus hojas cris.

Negros sus ojos como la noche,
Hieren el alma con sus destellos,
Como el brillante que va de broche
Sobre las ondas de sus cabellos.

Boca de perlas, lábios de grana,
Frente tan pura como el rocío,
Tex como el astro de la mañana
Que arroja estrellas sobre el vacío.

Seno turgente que fanatiza,
Mientras el alma roba y consume,
Que los sentidos aromatiza
Con los encantos de su perfume.

Frescas mejillas como el capullo,
Cual la azacena purificadas,
Canto divino como el arrullo
De las palomas enamoradas.

Exuberante su blanco pecho
Casi rebosa de su clausura,
Mas se disipa sobre el estrecho
Aro invisible de su cintura.

Piés que se pierden en la sandalia,
Cárcel de perlas, oro y topacios,
Talle que onduía, como la dalia
En los jardines de sus palacios.

Rojo bonete de argentería
Cifre su frente, con alamares;
Túnica de oro con pedrería
Bajo las perlas de sus colares.

Esa es la bella, mágica esclava,
Flor la más linda de aquellas flores.

La que el califa siempre adoraba
Como la esencia de sus amores.»

Cuando el califa se encontró solo con ella,
la dijo:

—¿Qué quieres, desdichada?

—Vengo á pedirte la vida de tu hijo Abdala.

—¡Infamel y te atreves á eso: te atreves á
enmendar una infamia con otra?

Azzahrá quedó un tanto desconcertada.

—Extraño ese lenguaje, le dijo.

—Es el lenguaje de la verdad: conspiras con
él para arrojarme del trono y de tu corazón, y
ahora pides por él. ¿Por qué no ha venido él á
pedir por tí?

—Porque yo soy inocente; porque no necesito
que nadie se interese por mí; porque mi frente
está pura como el albor de la mañana, y mis
lábios sin mancha como las hojas de ese azahar.

—¿Será posible? No, no; tú me engañas, y
un rayo de contento se dibujó en la apenada
frente del califa.

—Yo no tengo más que un corazón y una
palabra, y ambas cosas las he dado.

—¡Oh! esa frialdad me espanta; esa indiferencia
me hiela.

—Dudar de mí, es como dudar de la existencia
del Profeta, como romper las hojas del
Coran y arrojármelas á la cara.

—Tengo de tí sospechas: tú me haces traición;
tengo pruebas, estoy convencido.

—Miente el que tal haya asegurado: esos son
aduladores de oficio y envidiosos que nos quieren
separar.

—¡Ay Azzahrá, nuestro sol se nubla, nuestras
ilusiones se van, nuestros amores están en el
invierno de su vida! ¿Y para esto he hecho yo
tantos sacrificios? He agotado mis tesoros y he
arruinado mi reino. Mira Azzahrá, dijo tendiendo
la mano hácia el horizonte, mira qué tumba
tan hermosa he labrado para nuestro cariño,
¿no es verdad? Y ese es el nido que yo fabriqué
para nuestros amores.

VIII.

Mientras el califa hablaba, Azzahrá lloraba
con desgarramiento; á pesar de que él dudaba
de su infidelidad, queria probar los quilates de
aquel alma para la que él vivía. Contemplando
y señalando aquel suntuoso edificio, le decia:

—La obra de Medina-Azzahrá es una de esas
maravillas que no se pueden mirar sin contemplar,
sin admirar la grandeza del ingenio y los
inmensos recursos de que puede disponer el
hombre para dar cima á las más esmeradas

obras y á las más gigantescas concepciones (1).

Allí tienes, le decía, toda la ornamentación más bella y grandiosa que creó el Oriente y regularizó el género estético de los pobladores del Archipiélago: las postas que figuran en las olas de la mar; los meandros ó grecas de historias que se interrumpen y cortan en ángulos rectos; los enlaces y entrelazados, combinación preciosa de líneas rectas y curvas que imitan las trenzas del cabello; las palmeras en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro y otras hácia fuera, imitación feliz del loto asirio y de las palmas fenicias y tebana; el acanto silvestre, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el tulipán y la flor del loto, graciosa importación del arte de Lersopolis, al cual fué comunicada por la arquitectura de Nínive y Babilonia (2).

¿Qué más podía desear un califa de la talla de Abderrahmán III, sino que convinieran los hombres en que los islamitas jamás habían construido un monumento de la majestad y grandeza de Medina-Azzahrá?

Los tesoros y las rentas que empleé en esa obra son incalculables, además de las cantida-

(1) Maraver. Apéndice I.

(2) Madrazo, idem.

des que tenía para la redención de cautivos, y Azzahrá, tú me pediste las gastase en la construcción del alcázar, gasté cuantas riquezas adquirí en mis muchas y grandes victorias contra los cristianos y los enemigos de África, y cuanto produjeron las rentas públicas en muchos años.

Nada más soberbio, poético y grandioso que este riquísimo y pintoresco palacio, donde pienso establecer reuniones y certámenes literarios que tanto nombre dieron á algunos reinados y tanta celebridad á muchos poetas, que honraron con sus inspiraciones la época en que nacieron y al pueblo que meció su cuna. Hasta los mismos califas, como ellos el gran Abderrahmán I y otros, hicieron sentidas poesías que han llegado hasta nosotros.

Para concluir y darte una idea de la importancia del alcázar y la ciudad que le rodea, te bastará decir que en los serrallos de ésta hay 16.343 mujeres, y en la guardia de aquél 12.000 hombres, entre ellos 8.000 zenetas y andaluces de á caballo y 4.000 esclavos de á pié; además, se encuentran en el palacio 4.500 empleados ó dependientes de todas categorías, más 2.000 caballos constantemente encerrados en sus caballerizas y preparados para el servicio del califa y de su favorita.

Ahora bien, ¿para quién he levantado yo este grandioso monumento? ¿Quién era la reina de él? ¿A quién se adoraba por todos en su templo de amor? A tí; tú has merecido lo que ninguna mujer en el mundo, y pagas todo ese cariño con una ingratitud.

—Soy inocente, gritó Azzahrá, deshecha en lágrimas: mátame si la duda ha entrado en tu corazón. Por Alá te juro, que mi pureza no merece de la de las huries del Eden.

—Levántate, no te arrodilles.

IX

—Que no esperen compasión, exclamó el califa al ver entrar á Almudafar.

—Ni la esperan, ni es posible tenerla.

—Han conspirado contra mi vida, contra el trono y contra mi tranquilidad.

—Su delito no tiene perdón.

—Esta noche espíen su culpa: que no pase de esta noche.

—Te traigo una carta de tu hijo.

—Infeliz. ¡Oh! sí, ¡más infeliz yo! ¿A qué he venido al mundo más que á presenciar desgracias? ¿Qué quiere este desdichado? Leamos. «Padre mio: no pido perdón para mí, porque no lo merezco: he atentado contra tu vida, el trono y

tus amores; y esto merece un castigo horrible; tampoco pido por Abdilbar, que es tan culpable como yo; pero te pido el perdón de la Rosa, que se opuso á la conspiración, y te pido por Azzahrá, que es más pura que el capullo de las flores. Tu hijo, Abdalá.»

—No puedo con tanta pena; esto es horrible. ¿Por qué hay padres en la tierra?

—¿Qué desees? le dijo á Alhakem, que entraba.

—Vengo á pedir por mi hermano: es un niño, y merece compasión.

—Imposible, Alhakem; la ley es igual para todos, y yo no faltó á la ley. ¡Ojalá no tuviera corazón ni ojos!

—Alhakem alzó sus negros ojos al cielo, y dijo á su padre: si Alá lo quiere, yo lloraré á mi hermano y lloraré tu crueldad.

—No me mates, ni hagas pedazos mi afligido corazón; yo siento arder mi cabeza y que mi frente va á estallar.

—Toma esa carta de la Rosa, que me ha dado para tí.

—¡Y es letra de ella!

—El califa la abrió con avidez, y leyó:

«Abdalá: tus pretensiones son inútiles; ni yo soy capaz de conspirar contra tu padre, ni faltarle en su cariño; primero se secaría el mar ó

se rompería el cielo como un cristal. No vuelvas á escribirme, que no te contestaré y siempre condenaré tus insensatas pretensiones. *Azzahrá.*

—¿Quién le ha dado esta carta á la Rosa?

—La recibió para Abdalá, y no se la pudo entregar.

—Bendito sea Alá: el me abre el cielo por un lado, y por otro el infierno. Hija de mi vida, alma de mi alma, purísima flor de mi paraíso, ven á mis brazos, ven que te estreche y junte el fuego de mis lágrimas con la blancura de tus perlas.

¡Cuánto placer y cuánto horror en un día!

¡Cuántas espinas y flores juntas! (1).

X.

El califa estaba sentado en un cojín de damasco. *Azzahrá*, delante de él, de rodillas.

—Es imposible, la contestaba él.

—¿No me quieres tanto? ¿no levantas ciudades para mi recreo, no has vencido á tus enemigos con mi nombre, no rezas en la mezquita las oraciones y llenas con tus rezos el alma y

(1) Véase en esta conspiración á Conde.

el corazón? Pues sé grande, perdona á tu hijo. ¿No te llaman *el Grande*? Pues sabe serlo.

—Ya sé el desinterés con que obras; dudé de tí por un error: perdona, dudé conociéndote: muchas lágrimas te ha costado, y á mí muchas penas. Alá lo ha querido así, y yo doblo mi cabeza ante su poder infinito.

—¿Le perdonarás?

—No le castigo yo, sino la ley.

—Pero tú la ejerces.

—Por eso no debo faltar á ella; pedidme que haga otra ciudad como ésta, y la haré; pedidme cien conquistas, y las haré ó moriré en ellas, pero eso es imposible.

—¿No me quieres, dí?

—Te quiero como el cansancio al sueño, como la flor á la primavera, como la madre al niño, como el sediento al agua, como el corazón la vida, como el desierto á la palmera, ¡oh! te quiero como tú no sabes ni yo tampoco.

—*Abderrahman*, si yo valgo para tí algo en el mundo; si hay en tu corazón ternura, sentimiento; si hay piedad; si hay compasión; si hay amor, escúchame. *Azzahrá* púsose de rodillas al tiempo que entró *Alhakem* y se arrodilló á su lado. El califa se inmutó, sintió bañado su rostro en un sudor frío, latir desesperado su corazón, un temblor convulsivo en su cuerpo, un

sacudimiento nervioso en sus miembros; quiso llorar y no pudo; sólo pudo decir: matadme entre los dos y enterradme con él.

—¡Padre!

—Abderrahman.

El califa temblaba como si el frío de la calentura agitase sus miembros.

—¡Oh! ¡la vida así es imposible! No la quiero... ¡Por Alá, matadme!

—¿Pero no sabes perdonar, Abderrahman? ¿Se han secado en tu alma la fuentes del sentimiento? ¿Has olvidado que la caridad es una flor del alma?

—No sé más, sino que todo el mundo espera un ejemplar castigo; que la vindicta pública está ultrajada; que hay un crimen de lesa nacion impune.

—¿Y no esperas que mañana te despierte el remordimiento y que en tus sueños te persiga su sombra ensangrentada?

—Yo moriré con él... sí; ya siento en mi corazón el hielo de la muerte, y en mi cerebro el fuego del infierno.

—¿No temes que te maldiga desde su tumba?

En aquel momento se abrió la puerta del salón y entró Almudafar, al cual le dijo:

—Cumple mis órdenes esta noche mism, ya

salió vacilando, y apretándose la frente como si temiese que estallase.

XI.

Al amanecer del siguiente día, un entierro lujoso, como nunca se había visto, pues iban en competencia la pompa y la vanidad, entraba en el cementerio llamado de la Ruzafa; en el largo y brillante cortejo fúnebre, iba toda la nobleza árabe de Córdoba; los príncipes, generales, vatices, alcaldes, meruhanes, wálies, gente de guerra y el pueblo entero, que lloraba la muerte de aquel jóven de gran talento y relevantes prendas personales (1).

A la misma hora entraba otro entierro, pobre y casi sin acompañamiento, en el panteon del Arrabal; sólo los parientes y deudos de Abdilbar iban en aquel reducido cortejo (2).

Una mujer, desde las torres de Medina-Azzahrá, contemplaba aquella triste ceremonia, y cuando vió desfilar el fúnebre acompañamiento, cumplida aquella dolorosa mision, exclamó:

—Alá lo perdone, como lo perdono yo.

(1) Conde, párr. 11, cap. 83. Véase nuestro libro *Hojas de laurel*, sobre esta leyenda.

(2) Conde.—Idem, id.

Mientras el entierro llegaba á la Ruzafa, una mujer, enlutada, entraba en la mezquita Mayor por la puerta llamada del Perdon y se arrodillaba en el Mihrab.

Aquella mujer pasó allí la noche orando.

Era la sultana, que pedía á Alá perdon para su hijo y misericordia para su esposo.

PARTE TERCERA.

DUELO, MUERTE Y GENEROSIDAD.

I.

La muerte de Abdalá fué muy sentida, porque era hombre ilustrado, de talento y de simpatías.

En su palacio de Meruhan reunia sus amigos en veladas literarias, de donde nacia la instruccion de aquella juventud que al fin fué su perdicion, porque le infundió una ambicion sin limites y una envidia lamentable, llegando á persuadirle que él merecia el trono más que su hermano.

Aquellos amigos y aduladores pasaron de las letras á la política, y el dia que su hermano fué jurado como príncipe heredero, alentaron su desco de reinar, le presentaron el espinoso ca-

mino que tenía que recorrer, y se prestaron á ayudarle.

El juramento prestado á su hermano y la pasion que concibió por Azzahrá, fueron los móviles que le precipitaron, incitado, empujado y hasta obligado por sus amigos.

El califa sabía las reuniones de su hijo, y como hombre tan ilustrado participaba y alentaba aquella aficion. Lo que no sabía, era que las castas se volvian lanzas, y que se minaba su trono, y hasta sus amores; pero el sagaz Almudafar, que velaba sobre todos, y á cuya vigilancia nada se escapaba, cogió el hilo y dió con la trama, pagando muchos con su cabeza aquel desacato al califa, en Córdoba y fuera de ella, pues muchos pueblos habia comprometidos.

Abdalá, pues, necesitaba á Azzahrá, y para esto le estorbaba su padre; necesitaba el trono, y para esto le estorbaban su padre y su hermano. En una palabra, que conspiraba por celos del uno y del otro.

Alhakem, generoso como su madre, pidió con ahinco por su hermano, y casi se indispuso con su padre por la negativa. La sultana escribió á su marido, y no le contestó siquiera.

A pesar de eso, sin las excitaciones de Abdilbar, la Rosa y los demás, Abdalá no hubiese

ido tan lejos en sus intenciones, porque tenía buen corazón, y sus inclinaciones nunca fueron perversas; acaso, fuera de este culpable extravío, era el mejor de los cuatro hermanos.

Acaso sin Azzahrá, hubiera sido un ángel.

II.

Al poco tiempo de los lamentables sucesos de que acabamos de hablar, que dieron por resultado las sangrientas escenas que hemos presenciado, el ejército árabe partió para Zamora en número de cien mil hombres, divididos en tres cuerpos: uno de cuarenta mil, al mando de Almudafar; Aben-Abed con otros cuarenta mil, y el walí de Valencia, Ben Gamri, con veinte mil.

El ejército de éste tenía cercada á Zamora, y acudiendo á socorrerla el rey Ramiro II, de Leon, trabóse la batalla entre ambos ejércitos, y al cabo de dos dias de pelea, en que unos y otros dieron muestras de verdadero y heroico valor, los moros fueron derrotados horriblemente, dejando en el campo cincuenta mil cadáveres. Los historiadores árabes dicen que la victoria quedó indecisa, por no confesar tan espantosa derrota, pero el caso es que uno de ellos exclama en su profundo dolor: ¡Quién

puede saber el número de los muertos! Dios lo sabe.

En esta batalla se perdió toda la caballería de Córdoba, que, según el autor citado, era la flor de la caballería de España.

En Córdoba el llanto fué general; no habia madre que no hubiese perdido un hijo, ni esposa que no llorase á su esposo.

Los profetas salieron como siempre, en idénticos casos, diciendo que se habia eclipsado la estrella de Abderrahman, que era castigo de Alá por la sangre de su hijo y por el desprecio en que tenía á su mujer.

El califa se sintió estremecer, y ya creyó que la maldición de Alá habia caido sobre él; estaba aterrado; Azzahrá lo consolaba, pero en balde; le recordaba sus victorias durante treinta años, y apenas se sonreía.

III.

Pocos dias despues del desastre de Alhandic, el califa cayó enfermo de gravedad; en medio de aquel decaido espíritu le atacaron unas calenturas malignas que pusieron en gran peligro su vida.

Los médicos desesperaban de su curacion, y la misma Azzahrá no hallaba consuelos para él

ni con sus palabras, ni con sus halagos. Constantemente á la cabecera del lecho, era su ángel de guarda.

Uníansele al califa el cansancio de la vida, la muerte de su hijo, los castigos de los demás, y la derrota de Alhandic, y el llanto de las madres y las esposas que le pedían sus hijos y sus maridos. El califa hasta lloraba, porque tenía un corazón sensible y bondadoso, y unos sentimientos nobles y generosos, heredados de su madre, que era cristiana (1).

Cuando en Córdoba se supo la gravedad del califa, el pueblo se alarmó, y la reina Murchana, su esposa legítima, se trasladó á Medina-Azzahrá, cuyos umbrales, tan funestos para ella, traspasaba por primera vez.

Al entrar en el aposento del califa, éste se sorprendió, pero le tendió la mano, que ella besó.

Él se enterneció, y la miró con la mayor dulzura, pero sin poder hablar, porque le ahogaba la sangre.

En aquel momento entró el médico y preparó los instrumentos, y le ligó el brazo para hacerle una sangría.

(1) Conde dice: «era cristiana, y se llamaba María;» párr. II, cap. 68.

La sultana veía la operación, estremecida. Azzahrá cerraba sus ojos por no ver correr su sangre.

Sobre la mesa de alabastro y ébano, que estaba á la cabecera del lecho, había una copa de oro para recoger la sangre del califa.

Antes de empezar la operación, entró un mirlo por la ventana, y se posó sobre la copa.

Mientras todos lo miraban asombrados, el pájaro habló diciendo al médico:

—¡Oh, tú, que sangras al emir almumenin, ságrale con tiento y suavidad, que vas á cortar una vena de la que depende la vida de los mundos! (1)

El mirlo repitió estas palabras varias veces, con admiración de todos y asombro del califa, que se holgó de la invención sobremanera, empezando desde entonces á aliviarse; una vez mejor de su dolencia, preguntó quién era el inventor.

Entonces le dijeron que la sultana y madre de Alhakem, Murchana.

El califa se mostró agradecido á ella, y áun cuando no le devolvió el antiguo cariño, quedó altamente reconocido, le hizo riquísimos rega-

(1) Así lo dice Almaccari; tomo I.

los, la consoló en su desgracia, y la despidió dándole un beso en la frente.

La sultana, cuando lo vió curado de sus dolencias, salió para Córdoba, no volviendo á Medina-Azzahrá más que otra vez para recoger su último aliento.

Azzahrá, que despues de todo respetaba á la sultana, se arrodilló á sus piés y le besó el vestido.

La sultana la miró con ojos de compasion, y se fué sin hablarle una palabra.

Aquel alma sabía sufrir, pero no sabía ultrajar.

Pocos días despues volvieron las zambras y las fiestas, y volvió el alcázar á su antigua animacion, que bien pronto se convirtió en luto, lágrimas y agonías.

IV.

Apénas Abderrahman recobró su salud y tomó las riendas del Estado, un espectáculo grandioso presenció Córdoba, como nunca se habia visto, y es que aquel califa, hasta en sus posimerías supo ser grande. Habia sido destronado en Leon Don Sancho el Gordo, y reinaba en Navarra su madre Doña Tota, en nombre de su nieto, que era menor de edad. A fin de restable-

cer á su hijo en el trono, hizo alianza con Abderrahman por mediacion del judío Hazdai, poniéndose mutuamente las condiciones siguientes: que ella le entregaria diez plazas fuertes, y él le ayudaria con un ejército, y además enviaria un médico de Córdoba, donde estaban los más célebres de Europa, para que curase á Don Sancho la obesidad, que ya tocaba en ridiculo.

No contento Abderrahman con esto, arregló por medio del judío que fuesen á Córdoba la reina Tota y los dos reyes, lo cual satisfaria su vanidad de dar á su pueblo el espectáculo, hasta entonces sin ejemplo, de que una reina y dos reyes cristianos fuesen á humillarse humildemente á sus piés. A pesar del orgullo proverbial de la reina de Navarra, el judío Hazdai, que era diestro como pocos, la convenció y salió victorioso de su empresa.

La reina accedió, por mirar por la suerte de su hijo y de su nieto, y despues de consultar al clero de Navarra, que se ofreció á acompañarla en la expedicion.

La reina, al emprender la jornada, dicen que dijo llorando:

—Sólo por mi hijo y mi nieto, sufro esta humillacion.